Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

84 Camporismo y cine (III): La Patagonia rebelde



Suplemento especial de
Página|12

"El que no está con la patria, es enemigo de la patria."
(Sociedad Rural de Río Gallegos, 27 de mayo de 1921. *Nota*: La maestra de estos ruralistas no les había enseñado que antes del verbo "ser" no corresponde coma. Pero era la de castellano. La de historia les enseñaría cosas más importantes.)

"La cotización del hombre no alcanza para sus explotadores a la cotización del mulo, del carnero y del caballo."
(Sociedad Obrera de Río Gallegos. Manifiesto de noviembre de 1920.)

"Y ahora, si tu patrón te dice que sos un perro, ¡te ponés en cuatro patas y ladrás!"
(El comisario de Río Gallegos, represor al servicio de la Sociedad Rural, a un peón que firma el convenio de la derrota, que hace de ellos prácticamente esclavos. Escena del film *La Patagonia rebelde*.)

"Tal vez digan de mí que fui un militar sanguinario. Nunca un militar desobediente."
(Palabras del coronel Zavala –nombre que se le dio a Varela en el film– en *La Patagonia Rebelde*.)

"Prefiero equivocarme con los compañeros a tener razón solo."
(Palabras del alemán Schultz en *La Patagonia rebelde*. Notable: en una sola frase un entero tratado de filosofía política revolucionaria.)

EL ESQUEMA DE PODER DE LA ARGENTINA DEL PRIVILEGIO

La película que más se acercó al núcleo profundo y represivo –incluso sanguinario y despiadado y clasista– de la Argentina fue *La Patagonia rebelde*. Se trata de una de las manchas más negras e ilevantables del Ejército Argentino. ¿Por qué el Ejército de la patria tenía que transformarse en una máquina de asesinar obreros rurales? ¿Por qué tenía que hacerlo poniéndose al servicio de los patrones ociosos de la Sociedad Rural de Río Gallegos? ¿Ignoraba que los intereses de estos señores feudales estaban tramados con los de los ingleses, que se habían posesionado de la tierra sin lucha (contrariamente al modo en que los países se apoderan del territorios de otros países: mediante la guerra), sino con la complicidad de los patrones argentinos, que les dieron lo que pidieron, que se colmaron de orgullo por tenerlos como socios o como ilustres patrones amigos, socios también de esa Sociedad que los convocaba a todos, la Rural de Río Gallegos? El coronel Zavala –del gran film de Olivera-Bayer– recién en la escena final advierte que lo usaron como a un idiota, como a un sable sin cabeza, que así le decían a Lavalle, el primero de todos. Porque es Lavalle el que regresa del Brasil, luego de triunfar en Ituzaingó con el Ejército Libertador, y lo pone al servicio de los unitarios de Buenos Aires, como policía interna. Y lo hace fusilar al coronel Manuel Dorrego, legítimo gobernador de la provincia, en el primer golpe militar de nuestra historia, que se prolonga en las campañas punitivas, increíblemente cruentas, desalmadas, de los coroneles Rauch y Estomba. (*Nota*: No sé si decir que lo es. Pero durante los últimos tiempos muchos lectores me dicen que mi mejor novela es *El ejército de ceniza*. Sé, en efecto, que esa novela se basa en los trágicos sucesos que el coronel Ramón Estomba protagonizó en el sur de la provincia de Buenos Aires. Que deliberadamente transformé ese paisaje en el de un desierto mudo, incapaz de entregar un sentido, infinito e indescifrable, espacio metafísico en que un enemigo que sólo deja tras de sí cadáveres y huellas que los rastreadores no alcanzan a descifrar, se torna inapresable. El coronel empieza a perder la razón. Dice una arenga tras otra y en cada una inventa un enemigo distinto. Algo semejante le pasó a Ramón Estomba. Y recurrió a una técnica propia de los ejércitos que limpiaron el territorio de gauchos y de indios: atar al enemigo a la boca de los cañones y dar la orden de fuego.) Lavalle hace con el Ejército Libertador lo que se negó a hacer San Martín: ponerlo al servicio de los intereses de las clases dominantes de Buenos Aires: una mezquina burguesía comercial importadora y una poderosa oligarquía terrateniente. Es esta oligarquía la que homenaje al coronel Zavala en la sede de la Sociedad Rural de Río Gallegos. Cuando termina la cena alguien propone un brindis. Es un terrateniente de origen británico. Alza su copa y empieza a cantar: *"Porque él es un alegre y buen amigo"*. En inglés, por supuesto. Todos se le unen. Zavala advierte que los dignos terratenientes por cuyas tierras asesinó a miles de paisanos pobres hablan todos un inglés sin fisuras. Y todos cantan con entusiasmo esa canción tan legítimamente británica que han hecho suya. En su cara se dibuja un gesto de desdén. Aquí hay una incógnita. ¿Qué descubre Zavala? ¿Que mató para la prosperidad ilimitada de ingleses y argentinos amigos y socios de ellos? ¿Que puso al Ejército de la patria como garante de las ganancias desvergonzadas de los terratenientes? ¿Que eran, en su mayoría, ingleses aquellos a cuyo servicio puso a sus hombres, a sus armas? Si Zavala era un nacionalista, un coronel con algún sentido de la dignidad de la patria, de su autonomía estratégica, lo habrá avergonzado descubrir eso. Si no, no. Pero –en una revisión de los hechos de la Patagonia a comienzos de la década del '20– no puede evitarse un juicio severo y triste sobre la actuación del Ejército. ¿Por qué el Ejército se ha puesto inalterablemente del lado de los poderosos, por qué ha sido, sin más, el brazo armado de la oligarquía terrateniente, de los señores feudales de los ganados y las mieses? Acaso en el siglo XXI debiéramos hacer estas preguntas con cierto candor. Sin aceptar naturalmente que así fue y así tenía que ser. Era difícil que fuera de otro modo. Hay que analizar entonces qué educación, qué formación, qué sometimiento social y político hizo del Ejército Argentino un arma del orden oligárquico. Un enemigo de los desheredados. Justamente de aquellos que daban espesor a sus filas. El valor de *La Patagonia rebelde* es mostrar la perfecta conjunción del esquema de poder que mantuvo a la Argentina del privilegio: la oligarquía terrateniente (a la que luego se sumaría la burguesía financiera a partir de la dictadura de Videla), el Ejército y una Iglesia reaccionaria, amiga del hispanismo franquista y de los totalitarismos de distinto color. La Iglesia argentina sirvió siempre para dar consuelo a los asesinos y asegurarles que la tarea que hacían, aunque amarga y sanguinaria, era la requerida por Dios y la santificada por los pastores. Los capellanes militares eran casi artistas en el arte de apaciguar, de sosegar las inquietudes de los matarifes, de los que hacían la tarea dura, la de matar a los insumisos. Porque, en ciertas alarmantes situaciones, inesperadamente, surgía en los hombres de acción, en los guerreros del poder, una impiadosa conciencia que los arrinconaba, les provocaba preguntas incómodas que los llevaban al sufrimiento, que los invalidaba para una próxima acción, algo que se debía evitar. A toda costa. Surgía, ahí, la figura del párroco. Recibía al soldado de la tarea sucia y el alma erosionada por la duda, incluso la piedad ante el cruel destino que infligía a los otros, lo metía en el confesionario o en cualquier lugar recoleto o parroquia y le hablaba pausadamente, pero con firmeza, convicción: "Hijo mío, no permitas que tu conciencia te atormente. Has obrado con justicia. No todo lo que hacemos tiene que agradarnos, pero lo que tú has hecho era necesario y lo será siempre. Has venido a este mundo y has entrado en este Ejército para impedir que la patria sea sometida por los enemigos de Dios, por extranjeros de ideologías ajenas a nuestro ser patrio, por impíos que quieren someternos a dioses que no son los nuestros, por ateos, por hombres ligados a una idea materialista y anticristiana de la vida. Si tomas sus vidas, no te arrepientas. Es lo que la patria te reclama. Es lo que tu Ejército (en quien la patria se encarna) te exige. No le temas a la crueldad, ellos serían más crueles contigo. No le temas a la tortura. Si torturas al impío, si le infliges un gran dolor, le estás abriendo las puertas de la salvación. Nada purifica más que el sufrimiento. Ve, no vaciles. Es por tu mano que la justicia divina se realiza. Es por la Iglesia que esa justicia se expresa, te habla y te confortará cuando dudes. Ni siquiera ahí –y sobre todo ahí– estarás solo. Porque ésa es acaso nuestra gran misión: estar a tu lado cuando dudes, cuando la incertidumbre erosione tu alma. Te daremos la fe que necesites. Te llevaremos mansamente a su encuentro. Acaso al mismo lugar en que la extraviaste. No te dejaremos sufrir en la soledad de la duda. Podríamos perderte. Y jamás nos permitiríamos algo así. Tanto es lo que te necesitamos. Lo que tú haces no es posible para nosotros. No sabemos matar. No fuimos preparados para eso. Pero nadie mejor que nosotros para decirte por qué tú, soldado de la patria, debes hacerlo...

NO SOMOS NI SEREMOS IGUALES...

Vamos a narrar esta penosa historia. Espero que se entienda con total traslucidez que la comprensión de este hecho sociopolítico y criminal es insoslayable para entender la historia argentina. Será el peronismo de la juventud y de las comisiones internas de obreros jóvenes (más profesores, médicos, psicólogos y cualquiera que caminara por el suelo argentino en esos años de masacre, hablo de 1976) los que padecerán la herencia del ejemplo de Varela (llamado Zavala en el film de Olivera-Bayer). El ejemplo es: donde hay rebelión obrera hay alteración del orden establecido, subversión, anarquismo, ácratas indeseables a los que hay que exterminar. Un obrero en huelga es un enemigo de la patria. *Así lo entendió don Hipólito Yrigoyen*. Porque, señores, en estas páginas no hay silencios: si Perón permitió armar la Triple A o directamente fue su inspirador, Yrigoyen autorizó entonces lo que sabía habría de ser una carnicería. Nada del hombre del misterio (al decir de Manuel Gálvez) que ignoraba algo que ocurría tan lejos. Río Gallegos era la patria. No lo sería tanto como Buenos Aires. Pero lo era y entregaba más riquezas que la ciudad puerto. Campos fértiles, inacabables, sustentadores de fortunas que se basaban en el latifundio, en el genocidio de Roca y en la tierra que éste entregó a diez familias. No más. Ya lo



dijimos. El Ejército norteamericano aniquiló ferozmente a los indios pero abrió la ruta de los colonos. Roca –luego del genocidio– sólo abrió la ruta de las fortunas fáciles, de amigos, de parientes, de latifundistas que aún tienen ese poder y que en los días que corren lo siguen usando y creen –además– que son "la patria", como dijo muy sueltito un concheto agrarista que semeja haber hecho solamente el colegio primario: "Mi maestra me enseñó que la patria la hizo el Ejército, la Iglesia y el campo". La maestrita no te mintió, pibe. Había aprendido eso en los libros que la oligarquía impuso en la enseñanza para justificar su praxis histórica. Todo lo que ella y sus aliados llevaron adelante como fuere (sobre todo el Ejército y la Iglesia) fue la Civilización e hizo la grandeza de la patria. El resto fue la barbarie: los gauchos, los indios, los negros (liquidados en las guerras de la Independencia y luego en la del Paraguay y por la fiebre amarilla, que era racista a más no poder). De modo que el Ejército del coronel Varela estaba listo para cumplir con su deber. Y los radicales lo sabían. Ocurre que si no solucionaban lo de la Patagonia los sectores dominantes los echarían a patadas por inútiles. En suma, o los dejaban reprimir hasta el extremo que fuera necesario o eran arrojados por la ventana y los dueños de la tierra se encargaban directamente del trabajo sucio en el sur. Don Hipólito, en medio de sus hermetismos y sus palabras con frecuencia indiscernibles, aceptó ese costo. Osvaldo Bayer –con justicia– les pide una autocrítica a los radicales. Ni locos. Menos ahora que están por el piso. ¿Lo imaginan a Cleto Cobos o a Ricardo Alfonsín explicando los sucesos de la Patagonia? ¿Con qué herramienta? ¿Con qué neuronas? Lo embarrarían todo y todo quedaría peor. Incluso, conjeturo, que un personaje como Cleto ha de tener una visión muy borrosa de los sucesos de 1921. Más como algo de lo que el partido le prohibió hablar que como un hecho contundentemente histórico y feroz.

La cosa sucede en 1921. El combativo anarquista español Antonio Soto (que protagoniza Luis Brandoni en el film) crea en Santa Cruz la *Sociedad Obrera de Río Gallegos*. A Antonio Soto le decían el "Gallego" Soto. Era un tipo vital, guerrero y que no habrá de regalar su vida a los pelotones de Varela. Al costo de volver su lucha solitaria, sin compañeros a su alrede-



dor. Veremos esto. ¿Qué se producía en Santa Cruz? Mucha, demasiada riqueza. Estaban ahí los grandes latifundios y sus señores feudales y, complementándolos, los frigoríficos británicos. Pero las guerras europeas siempre habrán de repercutir fuertemente en la Argentina. A veces bien. La Segunda Guerra posibilitó el primer peronismo. Pero aquí, ahora, en Río Gallegos, la Primera Guerra Mundial altera todo. Los latifundistas se ven perjudicados. A no apenarse: que un latifundista se perjudique no es grave. No lo es para él. Le sobra la guita para vivir largos años de crisis. Pero las crisis –como siempre– se vuelcan sobre los obreros. Que paguen ellos. Los que menos tienen. Al fin y al cabo, les damos trabajo. Las estancias son nuestras, las hicimos nosotros. Ellos habrían sido incapaces de hacerlas. Encima, de buenos que somos, les damos trabajo. Ahora que no hay, que se jodan. Existe, en el homo capitalista (personaje al que he llegado a conocer bien a lo largo de los años) una certeza de fierro: *Sin nosotros no hay trabajo, nosotros somos los que les permitimos vivir a los obreros y a los campesinos, gente inferior incapaz de acumular un capital y montar una industria.* Que agradezcan, entonces. Lejos de toda esa patraña del socialismo resentido –propio de hombres inferiores– acerca de que son explotados, de que la ganancia la extraemos del trabajo que les ofrecemos, la verdad es que se trata de pobre gente que puede vivir gracias a nosotros, a nuestra creación de fuentes de trabajo. Nosotros los mantenemos. No somos ni podemos ser iguales. Una cosa es un hombre culto, un hombre de negocios, que sabe los precios internacionales de los productos que trabaja, que sabe los valores de la bolsa de New York y Londres porque lee diarios de esos países, escritos en el lenguaje que allí se usa, y los lee porque domina lenguas extranjeras, que le permiten acceder a los cultos idiomas en que esos diarios están redactados (¿O cómo suponen las peonadas que está redactado el *New York Times*? ¿En el idioma de *Martín Fierro* o en quechua o en tehuelche? No, hay salir al mundo y esa salida requiere el excelente domino de las lenguas cultas.) y otra cosa es el trabajador rural o fabril de manos toscas, de palabras limitadas, de creencias simples, primitivas, que sólo sabe trabajar para nosotros (porque nosotros les abrimos la puertas de esa posibilidad), agotarse en ese trabajo, algo que a nosotros no nos agrada ni nos corresponde, llevar el salario a su casa, preñar a su mujer, criar a sus hijos y obedecer a sus patrones. Punto, este último, fundamental. Y deliberadamente usamos esta palabra: la obediencia es el fundamento del orden en el trabajo. Lo contrario es la insurrección, que lo impide. Y que jamás permitiremos.

EL "PLIEGO DE CONDICIONES"

Los trabajadores de la lana y los peones rurales vivían bajo condiciones misérrimas. Los obreros laburaban 12 horas. Los arrieros y los esquiladores... 16 horas. Es nauseabundo. Es inhumano. Concepto que empleo poco. Porque las peores cosas de este mundo las hacen los hombres. No veo por qué algo abominable debería ser calificado como "inhumano". ¿Lo "humano" es entonces sinónimo de "bueno"? ¡Por favor! Ese esquema: humano = bueno. Inhumano = malo, ha sido elaborado por algún humanista evangélico. O por algún utopista empeñoso. O por uno de esos socialistas que luchan por "el hombre" y terminan asesinados por "el hombre", por un "hombre" que no piensa como ellos pero no es menos "hombre" por eso.

Los salarios se pagaban en bonos. Sólo los domingos podían descansar. Tal vez para ir a la iglesia y que el buen cura de turno consolara sus desgracias. "El hambre purifica los pecados de la carne. Jesús, el hijo de Dios, ayunó en busca de la pureza extrema. No despreciéis ese camino. Acaso el mismo Señor lo abrió para ustedes." Después –ese párroco de esos sermones que santificaban la sumisión– se iba a la estancia más cálida de la Abadía y se tomaba un vino espeso y dulzón y una jugosa pata de cordero.

Pero las cosas empeoran. Ni los curas pueden detenerlas. Llegan a Río Gallegos delegados de toda la provincia. Ya los reflejos de los patrones se ponen en acción. "Cuando veas que más de dos obreros se juntan y empiezan a hablar deslealtades de la patronal y a peticionar aumento de salarios, recurre a tu carpeta de despidos, a tus matones y prepara tu revólver, no lo lleves nunca sin balas." En suma, los obreros de Santa Cruz se atreven a la insolencia de pedir mejoras a sus patrones. ¿Saben cómo se piden las mejores? Se elabora un pliego de condiciones. Cuando los patrones escuchan este concepto empalidecen. *Pliego de condiciones*. Algo que, sin duda, antes de leer, saben que habrán de rechazar.

Demandas de los obreros:

Primero) Que en recintos de 16 m2 no durmieran más de tres hombres.

Segundo) Que cada obrero recibiera al menos un paquete de velas mensualmente.

Tercero) No trabajar los sábados.

Cuarto) Aumentar las raciones de alimentos.

Quinto) Un sueldo mínimo de 100 pesos por mes.

Sexto) Reconocimiento de la Sociedad Obrera como única representante legítima de los obreros patagónicos.

Séptimo) Nombramiento de un delegado como intermediario de las partes en conflicto.

Cuando este *Pliego de condiciones* es rechazado por los señores de la tierra, los obreros inician las huelgas en la Patagonia. En noviembre, el día primero, se declara la huelga general. Corre el año 1920. Dos días después intentan asesinar al dirigente Antonio "Gallego" Soto. Este es uno de los grandes protagonistas de estos sanguinarios eventos. Hombre joven, de inusual coraje, llevará la lucha hasta el fin. Su compañero más cercano será un viejo anarquista, el alemán Schultz. Sobre el final tendrán su único desacuerdo, que es una lección de política. Cada uno toma una decisión distinta. Uno, la de morir con sus compañeros, aunque sabe que están equivocados. Otro, la de "no regalar" su vida, "no tirarla a los perros", y seguir luchando, aunque sea solo o con muy pocos, dos o tres al inicio. Estos problemas políticos que se plantean en *La Patagonia rebelde* son únicos en el cine argentino. Sólo, desde luego, el Grupo Cine Liberación alcanzó tan altos niveles de teoría política. Pero *La Patagonia*... apuntaba a un gran público, pretendía ser una película comercial, tenía grandes actores y hasta actores populares, de esos a los que se le dice "estrellas", que aquí toma cada uno la dimensión de un militante, no en vano fueron perseguidos por Videla y tuvieron que huir.

EXCURSO: TESTIMONIO DE OSVALDO BAYER

Buenos Aires, 23 de junio de 2009-06-23

Querido José Pablo:

Te mando lo pedido. Puedes hacer lo que te plazca.

Veo que en tu capítulo de "Peronismo" de la semana pasada hablas de Cámpora y de *La Patagonia rebelde*. Sí, creo yo que ese film fue posible por el clima que se vivía en los cuarenta días camporistas. *Sin ninguna duda, en mis largos 82 años, fue el período donde se vivió con más libertades, más horizontes y más esperanzas*. Pero, claro, duró apenas. Y así nos fue. Porque justo yo había terminado el guión para el film y Olivera y Ayala lo presentaron ante Getino, quien lo aprobó de inmediato, entusiasmado, en un acto inusitado, luego de tantas dictaduras tenidas desde ese general estreñido, Onganía, hasta el otro mandamás del Barrio Norte, Lanusse. Y de Getino el guión pasó a Mario Soffici, que dirigía el Instituto y dio el préstamo de inmediato, entusiasmado. Pero después de eso comenzó el camino en la niebla. A no saber si íbamos a llegar a la meta soñada: ver el film en las pantallas de los cines de barrio. La primera señal de alarma fue cuando Lastiri –el nuevo presidente peronista que reemplazó a Cámpora– prohibió mi primer libro, el *Severino Di Giovanni*. Que cuando leí el decreto me dije "hay que ser desgraciado para ser prohibido nada menos que por Lastiri". Luego, supimos que el guión de *La Patagonia rebelde* había sido leído por los militares y que dijeron "que filmen eso no nos importa pero que tenga ese final no lo vamos a permitir de ninguna manera, vamos a salir a la calle". El final del film, en aquel primer guión, era la escena cuando las prostitutas de San Julián rechazan a los soldados fusiladores de peones rurales al grito de "asesinos, con asesinos no nos acostamos". Los militares tomaron a ese final como "un insulto al uniforme de la patria". Ayala, el productor del film, me pidió entonces que escribiera otro final. Yo me negué al principio, pero luego se me ocurrió algo que hace una verdadera síntesis de a quién favoreció toda la acción del ejército y a qué intereses sirvió: es cuando los estancieros cantan a Varela, el jefe militar, la conocida canción inglesa "For he is a jolly good fellow" ("porque eres un buen compañero"). Creo que con ese fin está todo dicho. Y así se filmó. Ahora, hace pocos días le he propuesto a Olivera que filmemos aquel final de las prostitutas y que el film se reestrene con los dos finales, a 35 años de su estreno. Creo que sería un gran éxito y un acto reivindicatorio de la valiente actitud de esas mujeres tan humilladas que tuvieron ese acto de coraje y que pagaron cara esa actitud. Los inconvenientes prosiguieron ya durante la filmación. Vinieron tiempos muy duros. El gobernador don Jorge Cepernic, hijo de un trabajador rural huelguista, nos dio su generosa ayuda. Más tarde, su provincia fue intervenida y él fue preso. Estuvo siete años en prisión. Hace poco, don Jorge Cepernic me relató que, estando en la cárcel, una vez se acercó el coronel que estaba a cargo de la dirección de la misma. Don Jorge aprovechó a preguntarle: "¿por qué me tienen tantos años preso, por haber aprobado algunas leyes a favor de los obreros?". Y el coronel le respondió: "No, no,

usted está equivocado, usted está preso por haber permitido como gobernador que se filmara en su provincia *La Patagonia rebelde*". Creo que esa respuesta da pruebas de la ira que despertó entre los uniformados la absoluta verdad histórica del film. Cuando se terminó de filmar *La Patagonia rebelde* ya estábamos en tiempos del último gobierno de Perón y la censura había cambiado, ya no estaba Getino sino una comisión de cinco personas, entre los cuales había un representante de la Iglesia Católica y otra del Ministerio de Defensa. Sabiendo que la cosa iba a ser difícil, Olivera y Ayala ensayaron una táctica. Anunciaron apenas tres días antes de presentarlo a la censura, en todos los diarios del país, el estreno del film. Esto, para cortarles las posibilidades de prohibición porque iban a quedar muy mal no dando permiso a un film tan anunciado. Pero, al terminar de verla, el representante del Ministerio de Defensa dijo: "Yo este film no lo apruebo", y se retiró. Como la aprobación debía ser por unanimidad, el film no fue aprobado ni rechazado. Quedó en el limbo. Sin el visto bueno de la censura ningún film podía ser mostrado. Comenzaron así a pasar las semanas. Olivera, entonces, le habló a Abras, que era el secretario de Prensa y Difusión de Perón. Abras le dijo a Olivera que no se preocupara, que él le iba a mostrar el film a Perón un sábado a la noche en Olivos, ya que al general le gustaba ver cine justamente los sábados, cuando descansaba en la residencia de Olivos, y que él (Abras) estaba seguro de que le iba a gustar a Perón y que lo iba a aprobar. Pasaron dos o tres semanas hasta que sí, Perón lo vio, junto a Isabelita. Esta no dio ningún comentario –contó Abras– y que Perón sólo dijo: "Sí, está bien la película pero el verdadero fusilador no fue Varela sino Elbio Anaya, tío del general Anaya, que hoy tenemos de comandante en jefe" (se refería al general Leandro Anaya). Y Perón se fue a dormir sin hacer otro comentario.

Así, nuestro film quedó otra vez en el limbo. Ni rechazado ni aprobado. Comenzaron a correr las semanas y los meses, ante nuestro desconcierto, nuestra rabia y nuestro dolor. Hasta que el 10 de junio de ese año –1974– Abras llama a Olivera para decirle que "el general acaba de decirme que den el film ya mismo y en todos los cines del país". Nuestra sorpresa fue tan grande que no lo podíamos creer. Y después vendrá la explicación de Abras: ese día, Perón se levantó como siempre a las 6 de la mañana y leyó *La Nación*. En el diario había una información que señalaba que el "comandante en jefe del Ejército, general Leandro Anaya, ha declarado que el Ejército responde a sus mandos naturales". Al leer esto, Perón montó en cólera, tiró el diario al suelo y dijo: "¿Y qué me quiere decir con esto, a quién va a responder el Ejército si no es a sus mandos naturales?" y en el acto llamó a Abras y le dijo: "Abras, ¿cómo se llamaba el film que habla del tío del comandante en jefe actual?". "*La Patagonia rebelde*, señor Presidente", respondió Abras. "Bueno, que lo den ya mismo y en todo los cines del país, ¡yo le voy a enseñar a ese general quién manda aquí!", exclamó Perón.

Y debe ser cierta la versión de Abras porque tres días después se pudo estrenar sin ningún problema. Quince días después, Perón fallecía y apenas 24 horas más tarde *La Patagonia rebelde* triunfaba en el festival cinematográfico de Berlín obteniendo el Oso de Plata. Por ese premio, el gobierno de Isabelita, López Rega y Tato (el supremo censor del cine, católico, franquista y nazifascista todo a la vez, personaje típico de la Inquisición) no pudo prohibir el film por unas semanas. Pero el 12 de octubre, ese día, los que hicimos el film, incluidos los actores, salimos en los diarios en las listas de las Tres A, condenados a muerte. Tato lo llamó a Olivera y Ayala ordenándoles que retiraran el film "para siempre" y en todos los cines del mundo, porque él "no podía ya parar a nadie y las consecuencias iba a ser incalculables". Fue así. El film no pudo darse durante diez años. En febrero de 1984, luego del largo exilio, pude ver nuevamente en Buenos Aires cómo el público aplaudía de pie a ese film tan perseguido por la estupidez del poder. Film que no hizo otra cosa que mostrar la masacre de los peones rurales patagónicos que pedían un trato un poco más digno. Pero la ética finalmente triunfó: hoy, en Santa Cruz, los héroes de ese movimiento tan justo tienen todos un monumento, y las tumbas masivas de las peonadas así fusiladas están todas marcadas, como señal contra la barbarie.

Te mando el abrazo fraterno de siempre y el abrazo para tu compañera tan querida.

Osvaldo Bayer

EL "ALEPH" DE LA HISTORIA ARGENTINA

¿Notaron la semejanza entre los apellidos de esos dos carniceros? ¿Suena muy distinto Varela que Videla? ¿Por qué le dedico tanto espacio y esmero a este film? Lo dije: define el espíritu de la libertad camporista y su aceptación y su empuje entusiasta por proyectos de este tipo. Sin camporismo no habría existido *La Patagonia rebelde*. ¿Alguien dirá que no es una *Historia del peronismo* el lugar para tratar esta relevancia, que otras historias del peronismo no lo hacen? En fin, aclaremos un par de cosas. No sabemos si lo será, pero se habrá ya descubierto que esta no pretende ser *otra* historia del peronismo. No quiero decir por eso que pretenda ser *la* historia del peronismo. Sería absurdo. Sólo pretendo decir que no pretende ser una más. Que su ambición de totalidad constituye un imperativo central de su estructura. Desearía no dejar nada de lado. Para cumplir semejante ambición es necesario trazar una historia total de la Argentina. O hacer un viaje de ida y vuelta. Del peronismo a la historia totalizadora del país y de la historia totalizadora del país a la historia del peronismo. No creo que eso nos lleve a ocuparnos en detalle de la Revolución de Mayo, pero –a lo largo del ensayo-narrativo que pretendemos hacer– no debería ser ajena a nuestra extensa temática. Además,

La Patagonia rebelde es el Aleph de la historia de nuestro país. Esa historia del helado sur resume en sí todos los elementos de nuestra historia. No en vano alguien como Osvaldo Bayer (un gran historiador) hizo de ella el centro de su obra y –conjeturo– de su vida. El "aleph" es un concepto borgeano, que habría estado del lado de Sociedad Rural de Santa Cruz, pero desde Buenos Aires y lejos de los tiros. No importa lo que él haya hecho en una ocasión que no vivió. Andaba por Europa durante esos años y pronto para regresar al país. Importa analizar si podemos apropiarnos de cierto concepto que elaboró y aplicarlo a nuestra problemática. En su cuento "El Aleph" (que publica en 1949, en un libro de cuentos que lleva ese nombre), brevemente escribe: "El diámetro del Aleph sería de dos o tres centímetros, pero el espacio cósmico estaba ahí, sin disminución de tamaño" (Jorge Luis Borges, *Obras completas*, tomo I, Emecé, Buenos Aires, 2002, p. 625). ¿Cómo es el Aleph? Borges ofrece esta descripción: "En la parte inferior del escalón, hacia la derecha, vi una pequeña esfera tornasolada, de casi intolerable fulgor. Al principio la creí giratoria; luego comprendí que ese movimiento era una ilusión producida por los vertiginosos espectáculos que encerraba" (Borges, *ob. cit.*, p. 625). Más adelante, en una posdata que fecha en marzo de 1943, día primero, lo define como el "*punto donde convergen todos los puntos*" (Borges, *ob. cit.*, p. 627). A esto –exactamente– quiero ir: si la huelga de los obreros patagónicos, si la complicidad de la Sociedad Rural con los terratenientes británicos, si la actuación de los grupos civiles de conchetos fascistas a órdenes de Manuel Carlés, el jefe de la Liga Patriótica, si las masacres masivas del coronel Varela, si la pasividad del gobierno populista de Yrigoyen (sin más: su actitud cómplice o, sin duda, cobarde), si la crueldad inaudita del Ejército Argentino (que reflejaría, hacia atrás, la de los lugartenientes de Mitre en la "guerra de policía" a las provincias luego de Pavón y la de Roca en la "conquista" del desierto y, hacia adelante, la de los grupos de tareas y los espacios concentracionarios de la Junta que presidió Videla o Vi(ar)ela) han atraído a Osvaldo Bayer hasta la obsesión es porque ése, ese punto, el punto de nuestra historia en que tiene lugar la tragedia patagónica, es su Aleph, es el punto en que todos los otros coinciden. Hacia el que todos los otros convergen. Nada falta ahí. Nuestro espacio cósmico está íntegro, "sin disminución de tamaño". Expliquemos esa historia y explicaremos todo. Por decirlo claro: las masacres de obreros que realizó, a pedido de la Sociedad Rural, el Ejército Argentino en la Patagonia, son el Aleph de nuestra historia.

De aquí la importancia que le damos y le seguiremos dando. Nos ocupará un capítulo más. Porque el tema es complejo. También podríamos postular que la tragedia-masacre de Ezeiza es el Aleph de nuestra historia. O uno de ellos. Porque tiene varios. Sin duda, conjeturo, es el Aleph del peronismo. Pero también lo son las conquistas sociales del período 1946-1952. (*Nota*: Pero ojo: la masacre de la Patagonia es –para mí y, sin duda, para Osvaldo– el Aleph de *toda* nuestra historia. Creo haber explicado los abundantes motivos. Todo está ahí. La sumisión del Ejército a la oligarquía terrateniente. A los tradicionales dueños del país porque son los que tempranamente se adueñaron de la tierra. La crueldad con que el Ejército llevó a cabo esa sumisión. El apoyo o la cobardía o la complicidad de la clase política. Aun la de un gobierno populista, surgido para dar cobertura a los nuevos sectores populares, los nuevos sujetos políticos de la pobreza: los inmigrantes. La Iglesia Católica. Siempre desarrollando en estas tierras las perores de sus tendencias. Aunque raramente aparecieron otras en cualquier otra latitud. Porque siempre late en ella, en la oscuridad conspirativa de sus socavones, el espíritu de la Inquisición, del "dar la muerte en nombre del Señor" y "recibirla como castigo y redención que os hará nuevamente puros". Pero muertos. Los niños bien, las patotas de Manuel Carlés, los iracundos de La Liga Patriota, odiadores de obreros, rojos y judíos; bestias fascistas, groseros en su violencia frontal, diseñada por el odio de raza y de clase. Luego transformados en comandos civiles y luego en grasas de la Triple A o en grupos de tareas cuando delegaron en otros el sucio arte de quitar vidas. Los intereses de los países extranjeros. Gran Bretaña en este caso, en la Patagonia de Varela y la Sociedad Rural. Luego vendrán los demás. Los que decidieron todos los golpes con el asesoramiento y apoyo abierto de la Embajada de Estados Unidos. Hasta llegar a ese chiste macabro: "¿Saben por qué no hay golpes de Estado en Norteamérica? Porque no hay Embajada de los Estados Unidos". Quiero dejar claro que sólo deseaba explicar las causas de la expansividad con que trato un tema que algunos no verán ligado a la historia del peronismo y, de hecho, pocos lo han visto así. Pero no. Es así como hay que verlo. Luego pasaremos a la compleja trama de *Ezeiza* y posiblemente ahí comprendamos a fondo por qué nos detuvimos tanto en la masacre patagónica y por qué le otorgamos el rango de Aleph de nuestra historia, ese punto viviente, ese significante que jamás deja de exigir la búsqueda de sentidos, de significados que nos trascienden una y otra vez. Tanta es su riqueza posiblemente inabarcable.)

Por ahora, sólo algo más: el coronel Varela morirá a manos de un obrero de origen alemán llamado Kurt Wilckens. Escribe Bayer: "Diecisiete heridas graves: doce producidas por la bomba y cinco balazos en la parte superior del cuerpo (dos de ellos le han interesado la aorta). Parece que al alemán Wilckens no le ha temblado la mano. Le ha aplicado lo que los anarquistas llaman la justicia proletaria. En un muerto ha resumido los centenares de fusilados en la Patagonia. Ahora la muerte los ha emparejado. Lo mismo que sus víctimas, el comandante ha quedado tirado en el suelo, boqueando" (Osvaldo Bayer, *La Patagonia rebelde,* Planeta, Buenos Aires, 2002, p. 317. La que utilizo es una versión abreviada que realizó el propio Osvaldo en beneficio de la difusión y conocimiento de su obra más importante. Es muy buena y muy útil. No obstante, **Página|12** está publicando durante estos días una versión exhaustiva en dos tomos de 584 y 672 páginas. Queda claro que sólo este diario publicaría este libro y que sólo en él Osvaldo autorizaría esa publicación. Wilckens esperó a Varela pacientemente. Fue una vez y no pudo, otra tampoco. Por fin, lo agarró solo a la salida de su casa, Fitz Roy 2461, Palermo. Le tiró una bomba y le descerrajó seis tiros.

Gobernaba Alvear cuando muere Varela. A su entierro asisten los miembros de La Liga Patriótica, encabezados por el doctor Manuel Carlés. El ministro de Guerra de Alvear, general Agustín P. Justo, hombre de brillante futuro. El presidente Alvear, por supuesto. Y también el ex presidente don Hipólito Yrigoyen. También él.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO
Camporismo y cine (IV)